

HISTORIA NUEVA. Publicación del Centro Mexicano de Estudios Históricos, A. C. Núm. 1 (noviembre de 1966). Editores: Arturo Gómez y Roberto Moreno.

Durante bastante tiempo fue nuestra revista casi la única dedicada a los estudios históricos que en México mantuvo una continuidad. A últimas fechas, sin embargo, han empezado a aparecer otras publicaciones periódicas dedicadas a la historia (*Anuario de Historia*, de la Facultad de Filosofía y Letras, *Historia y Sociedad*), lo que revela, desde luego, un interés creciente por estas cuestiones, y una mayor afluencia de materiales publicables. Últimamente ha aparecido una publicación más: *Historia Nueva*, y su presencia no puede ser tomada sino con el mayor entusiasmo por los historiadores.

Historia Nueva es órgano del Centro Mexicano de Estudios Históricos, asociación que reúne a jóvenes, la mayoría de ellos estudiantes, y que tiene su sede en la Facultad de Filosofía. Este hecho es relevante y prometedor: se trata de gente joven que ha decidido dedicarse a la historia, que se ha agrupado, y que ha llevado adelante el esfuerzo que significa la existencia de una revista; oiremos, tal vez, una palabra nueva (y no olvidemos que, con mucho tino, es precisamente *Historia Nueva* el título de su publicación).

La presentación tipográfica de la revista es más bien correcta, con buenos materiales (a uno le sorprende que sean tan buenos), tal vez con menos buen gusto, aunque sin duda con un deseo (que desde luego aceptamos como positivo) de novedad: en la portada, en las viñetas, en la tipografía.

Se abre la revista con una "Presentación" de Ernesto de la Torre: en ella la actitud comprensiva y amable de un historiador maduro hacia los noveles, que no sólo acepta, sino propicia (y en la práctica ha propiciado) la presencia de la nueva generación.

Luego unos "Propósitos" de los editores, cortos en extensión, problemáticos en su sentido. Se propone ahí un "ajuste de concepciones" que permita al historiador estar 'al día' de la "vertiginosa celeridad del progreso de las técnicas"; lo que resulta por lo menos bastante cuestionable: todo cambio legítimo en las concepciones no puede más que partir de necesidades internas a la conciencia; la 'carrera' para estar al día nos suena mal planteada. No somos modernos porque a nuestro alrededor haya televisores y bombas atómicas, sino que porque somos modernos hay en nuestro alrededor televisiones y bombas atómicas.

Se señala en los "Propósitos" que "el enfoque correcto [¿y quién puede estar seguro de tenerlo?] del pasado de la humanidad . . ." hace posible "que los acontecimientos futuros no sean tan inciertos". Esta cualidad nigromántica de la historia parece superada, o por lo menos muy discutible.

En fin, se parece proponer la creación de un nuevo sistema historiográfico ("contemplar el pasado desde puntos de vista diferentes"), lo cual resulta un tanto cuanto peregrino: nunca puede uno proponerse una nueva visión apriorísticamente; el nuevo sistema resulta —en caso de resultar— de la práctica continua de la historia.

Lo que a nosotros nos interesa, independientemente de lo que se dice en los propósitos, es que participa en esta empresa gente joven, y que como tal *debe* tener algo nuevo que decir, como toda generación lo tiene respecto a las anteriores. Que ese "qué decir" será primero relativamente torpe es tal vez cierto, pero también lo es que no será por ello menos importante. La malhechura no invalida de ninguna manera el valor de lo que se dice. Y el grupo de que hablamos tiene —y esto es fundamental— la conciencia de ser una generación nueva.

Sin duda los dos artículos más importantes de la revista son el de Armando Torres Michúa y el de Roberto Moreno. En ellos se siente esa cierta pedantería juvenil que a mí personalmente no me parece censurable y sí justificadísima: es la manera de afirmarse como generación con una conciencia.

El artículo de Torres Michúa ("Apuntes sobre el churriguesco en México") informa un "proceso de disolución del barroco". Para ello se siente precisado a contar la historia del estúpite con las consabidas referencias a Cnosos, a los muebles Francisco I (tal vez inútilmente, pues ninguno de estos antecedentes tiene mayor relación con el ulterior desarrollo del barroco), omitiendo en cambio los estúpites borrominesco (ellos sí de importancia fundamental); acota la aparición y existencia del estúpite en España y en México, y la aparición y desarrollo del interestúpite, de la pilastra consola, de la pilastra hornacina. En esta parte, muy cuidadosamente trabajada (por más que a veces se desarrolle desordenadamente), que intenta esclarecer pasos oscuros en el proceso, que presenta ejemplos hábilmente buscados y que revela en todo caso una abundante información está seguramente el mayor mérito del artículo. Éste tiene una curiosa conclusión cuya problemática no se plantea explícitamente en el decurso de la redacción: la de que el barroco mexicano no es más que una "modalidad" dentro del barroco hispánico (y no sabemos si habría que añadir que el ba-

rroco hispánico no es, a su vez, más que una modalidad del estilo: el barroco). Acompañan al artículo un cuadro sinóptico (“ensayo estilístico cronológico del barroco en México”) no muy comprensible, buenas fotos, y buenos dibujos de Luis Francisco Villaseñor.

El artículo de Roberto Moreno (“Las ahuianime”) resulta ya novedoso por su tema y se justifica en la carencia de estudios sobre la vida sexual y la prostitución en el México antiguo. El autor advierte que su trabajo es sólo un adelanto al asunto. Se queja de la poca ecuanimidad y de la cerrazón mental con que se ha tratado el tema, las poquísimas veces que se ha hecho. Hace un pequeño análisis semántico de las palabras que en náhuatl designaban a las putas. Cita e intenta interpretar las anotaciones de los cronistas sobre la cuestión, y transcribe y comenta textos (según traducción de León-Portilla y de Garibay) referentes a la prostitución. Tal vez la parte más floja del artículo (no en su intención, sino en su realización) sea la “antropología comparada” en que hace referencia a la prostitución en otros pueblos antiguos. Su mayor valor, sin duda (aparte lo cuidadoso de la investigación) es el enfoque que da al problema: entiende la putería como un fenómeno social y cultural (y no como un “error”, un “pecado” o una “desviación”) y como tal se empeña en estudiarlo.

Entre los otros artículos que forman esta primera entrega de *Historia Nueva* los hay tal vez excesivamente cortos para decir algo importante (como el de F. J. Noguez, el de I. González-Polo) o quizá un tanto cuanto obvios (como el de I. Osorio), y alguno resulta algo confuso (como el de Irene Prieto, el de Lucina Moreno). En todos, sin embargo, hay casi sin excepción algo de interés, una intuición, una observación que justifican su lectura. La sección de reseñas bibliográficas es en general correcta, y en algunos casos la tarea recensionista está excelentemente cumplida. En fin, saludamos con entusiasmo el nuevo esfuerzo editorial que la revista reseñada representa, nos felicitamos del decoro con que logra su esfuerzo y hacemos para ella los mejores augurios.

Jorge Alberto MANRIQUE
El Colegio de México